



Álvaro Matute Aguirre

“Estudio introductorio”

p. 13-50

*Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*

Álvaro Matute Aguirre (selección de textos, prólogo y estudio introductorio)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas/Fondo de Cultura  
Económica

1999

480 p.

(Sección Obras de Historia)

ISBN 968-16-5584-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/364/pensamiento\\_historiografico.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/364/pensamiento_historiografico.html)

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## ESTUDIO INTRODUCTORIO

En 1959 Luis Villoro planteó a los historiadores el compromiso de reflexionar sobre su tarea:

Creemos que los historiadores americanos necesitan plantearse con mayor gravedad el problema del objeto y métodos de su ciencia. Con ello no pedimos que hagan filosofía. Quien tal pensara sólo demostraría tener una pobre idea del historiador, al reducirlo al papel de simple técnico o ingenuo narrador. Al historiador compete reflexionar sobre los fundamentos y fines humanos de su ciencia. Sólo él puede formular nuevas hipótesis de trabajo y aplicarlas en procedimientos concretos; mientras no haga eso, todas las teorías filosóficas acerca de la historia serán vacías especulaciones. Por eso, las grandes reformas de la historiografía nunca fueron resultado de los filósofos de la historia en cuanto tales, sino de los mismos historiadores. Sólo si el historiador cobra cabal conciencia de la especificidad de su objeto y redescubre en él la vida creadora del hombre en toda su riqueza, sólo si se percata de la dignidad de su función humana, podrá recuperar el papel director en la sociedad que antaño le correspondiera.<sup>1</sup>

Este párrafo, que puede funcionar como epígrafe, es un combate por la historia. Expresa la necesidad que tiene el historiador de pensar sobre su disciplina, así como la obligación de hacerlo. Teoría de la historia o simple reflexión sobre ella, el historiador debe tener una idea de cómo hace las cosas, cómo conoce lo que conoce, y cómo debe comunicarlo a sus lectores. Y, de acuerdo con Villoro, no debe ser tarea del filósofo, porque el historiador tiene el conocimiento empírico de su materia y sus ideas sobre ella deben sustentarse en su propia experiencia.

La tradición mexicana es rica en reflexiones, propuestas y teorías. Hay un pensamiento historiográfico mexicano que, si bien se basa en ideas generadas en otras latitudes, preferentemente en Europa, destaca por el esfuerzo de aclimatarlas a nuestro me-

<sup>1</sup> Luis Villoro, "La tarea del historiador desde la perspectiva mexicana", *Historia Mexicana*, vol. xi, núm. 3, enero-marzo de 1960, p. 339.

dio, y al hacerlo, no se limita sólo a copiar, sino que, al adaptar, coteja con la realidad propia. Si su función es comunicar, dar a conocer, enseñar, en ello radica su originalidad. Todos los que se han ocupado en pensar sobre la historia han demostrado creatividad al establecer el diálogo crítico con los textos en que se fundamentan. Todos los que han reflexionado sobre la tarea historiográfica han hecho algo más que meras traducciones, con la única posible excepción de Lorenzo de Zavala.<sup>2</sup> Hay, pues, un pensamiento historiográfico desarrollado en México, el cual, si bien repite propuestas que se ofrecen como universales, no es unívoco, sino que refleja toda una compleja gama de ideas, a veces opuestas entre sí, a veces complementarias.

Los grandes libros de historia tienen consigo una teoría de la historia implícita. No son resultado del empirismo puro o de la narración sin más. Si algunos autores no explicitan las ideas en las que se alimentaron para llegar a sus resultados es porque consideran que no hace falta; otros, en cambio, sí lo hacen. Es en sus textos donde aparece el pensamiento historiográfico en forma de teoría o de reflexión.<sup>3</sup> Para resolver problemas de crítica de fuentes, de omisión de datos, de relación de unos con otros, de ordenamiento de materias, de explicación de situaciones, de composición, en fin, de todo lo que se presenta paso a paso, desde que se toma la decisión de emprender un trabajo hasta culminarlo, la reflexión hace acto de presencia en la mente del historiador. Quienes se han dado cuenta de que lo que han pensado puede resultar útil a los demás, lo han hecho explícito. Siguiendo la idea de Villoro, el historiador que se ha enfrentado a problemas concretos de su quehacer es quien puede elaborar con mayor autoridad un pensamiento teórico, señero, orientador.

El siglo xx ha sido rico en planteamientos acerca de la historiografía. No es casual que el gran desarrollo de esta disciplina

<sup>2</sup> Lorenzo de Zavala, "Programa, objeto, plan y distribución del estudio de la Historia", en Juan A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la Historia*, 2ª ed., Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1992, pp. 25-69. Como demostró Ortega, don Lorenzo tradujo las *Lecciones de Historia* de Volney sin mencionar al autor.

<sup>3</sup> Kant establece que "llamamos teoría a un conjunto de reglas, aun de las prácticas, cuando éstas —entendidas como principios— son pensadas con cierta universalidad y, además, cuando están abstraídas de la multitud de condiciones que influyen necesariamente en su aplicación". Immanuel Kant, *Filosofía de la historia*, traducción de Emilio Estiú, Nova, Buenos Aires, 1958, 198 pp., p. 130.

durante el XIX haya propiciado una fecunda reflexión filosófica sobre la historia.<sup>4</sup> Es posible aventurar que nuestro siglo haya sido más rico en sus propuestas teóricas y reflexivas que en las propiamente historiográficas, de manera opuesta a lo que sucedió en el siglo anterior, aunque algunas de las grandes teorías de la historia vigentes en este siglo XX se hayan generado en la centuria que lo precedió, como el positivismo, el marxismo y el historicismo. Lo que sí sucedió fue que las tres teorías resultaron objeto de recreaciones, de nuevos planteamientos, en suma, de enriquecimientos debidos a la necesidad de someterlas a cotejos con las realidades cambiantes. Así, tanto en Europa como en el mundo influido por la cultura occidental, el siglo XX recibe la gran herencia historiográfica del XIX.

Durante el siglo XIX se desarrolló una interesante tensión entre historiografía y filosofía de la historia para dar cabida, al final, a la teoría y metodología de la historia. El desarrollo historiográfico hizo que se desconfiara paulatinamente de la filosofía especulativa de la historia, que se la viera como el reino de las generalizaciones, frente a la fuerte base empírica que sustentaba a la historiografía. Se fue elaborando, paso a paso, un deslinde entre la historia moderna científica y las anteriores, simplemente narrativas o filosóficas. El cientificismo de la historiografía siguió dos vertientes: la del empirismo proporcionado por la nueva apreciación de las fuentes en las que podía basarse el texto histórico, y la del positivismo, es decir, los mecanismos inductivos y deductivos que permitían extraer leyes de la historia y, con base en ellas, interpretar los hechos. La historiografía comenzó a transitar por dos caminos principales; para ambos fue muy cara la apreciación de los hechos. Uno de ellos culminaría con lo que Croce denominó historia diplomática,<sup>5</sup> que tuvo a su mayor representante en Leopold von Ranke. El abuso que con frecuencia se hace del lenguaje ha entendido como positivista a la historiografía rankeiana, aunque tal caracterización no es exacta, pues la

<sup>4</sup> Una visión muy completa y profunda del desarrollo de la historiografía y de la filosofía de la historia en la Europa del siglo XIX la ofrece Hayden White, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth Century Europe*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1973. [Hay traducción al español, realizada por Stella Mastrangelo, FCE, México, 1992.]

<sup>5</sup> Benedetto Croce, *Teoría e historia de la historiografía*, traducción de Eduardo J. Prieto, Editorial Escuela, Buenos Aires, 1955, 300 pp., pp. 233-247.

historiografía auténticamente positivista es la que, basada en hechos comprobados y ciertos, busca establecer leyes que permitan dar explicaciones científicas del acontecer. En historiografía propiamente dicha —no en sociología o filosofía de la historia— los mejores representantes del positivismo fueron el inglés Thomas Buckle y el francés Hipólito Taine, quienes le otorgaron un papel determinante al clima, el suelo y la raza, como factores exegéticos del momento histórico que sometían al análisis. No se trata de posiciones demasiado contrapuestas, ya que tanto la historia diplomática como la positivista aspiran a ser científicas. La diferencia entre una y otra estriba en que la positivista elabora leyes, mientras que la diplomática se basa en certidumbres.<sup>6</sup> Ambas parten de los hechos ciertos y comprobados: una se queda en ellos; la otra trata de elevarse a lo absoluto.

La historiografía diplomática propició el desarrollo de la metodología que trajo consigo la actualización de las llamadas ciencias auxiliares de la historia, una de las cuales era la propia diplomática, junto con la paleografía, la epigrafía, la numismática, la sigilografía, la geografía histórica, etcétera. Todas ellas permitían que la precisión del conocimiento histórico fuese cada vez mayor. Al aproximarse el relevo secular comenzaron a aparecer tratados de metodología y técnica de la investigación.

La filosofía de la historia, por una parte, superó las elaboraciones de la Ilustración; por otra, desarrolló elementos que podían poner en tela de juicio una historiografía que se quedara atrapada en los límites del empirismo. A lo largo del siglo aparecen cuatro grandes creadores de la filosofía de la historia: Hegel, Marx, Nietzsche y Croce. Si bien el primero sintetiza los avances del siglo XVIII, y el último trabaja a lo largo de la primera mitad del XX, todos llegan a, o parten del, XIX. Al lado de ellos nace y se desarrolla el positivismo y, con él, su gran creación: la sociología, que, según algunos, logró “superar” a la filosofía de la historia. Ésta había sido una creación del estadio metafísico; la sociología es una ciencia. Como bien dicen Adorno y Horkheimer, la socio-

<sup>6</sup> También es erróneo pensar que toda la historiografía de inspiración rankeiana se limita a recoger lo que dicen los documentos. Ranke mismo tenía una idea holista de la historia, a diferencia de los positivistas, que se caracterizan en general por dar explicaciones mecanicistas del acontecer. Un empobrecimiento posterior de esa historiografía es lo que la ha dejado limitada a las tijeras y el engrudo.

logía, “hija del positivismo, nace de la voluntad de liberar el saber de la fe religiosa y de la especulación metafísica. Mediante el apego riguroso a los hechos, se esperaba llegar a la objetividad de la cual eran un modelo las ciencias naturales, experimentales por un lado, matemáticas por el otro”.<sup>7</sup> La historia *tenía* que ser una ciencia.<sup>8</sup> De ahí la gran elaboración de elementos teórico-metodológicos que se desarrolló en el tránsito de un siglo al otro.

Los positivistas insistieron en la unidad metodológica. No podía haber distinción entre ciencias de la naturaleza y ciencias de la sociedad y la historia. Éstas tenían que proceder con los métodos de aquéllas, porque el desarrollo que habían tenido desde el siglo XVII era la garantía de que ofrecían el camino adecuado. Conforme se fue avanzando en la aplicación de los métodos de las ciencias físico-matemáticas a la historia, la explicación de los hechos histórico-sociales se caracterizaba por ser causalista, mecanicista y determinista. Sólo con ello era posible establecer leyes de validez universal, con las cuales podían interpretarse, a su vez, los hechos particulares. En realidad, lo que sucedió fue que la explicación apeló a elementos naturales —clima, suelo, raza— como factores determinantes de la realidad histórico-social.

Por su parte, los historiadores que no adoptaron el positivismo como doctrina, y que siguieron los pasos que ofrecía la diplomática, alcanzaron otra vía de científicidad, sustentada en la veracidad de los datos provenientes de fuentes fidedignas. Es la tradición humboldtiano-rankeiana. Dentro de ella, quien realizó la máxima contribución a la sistematización de la historiografía como disciplina fue Johan Gustav Droysen. Su obra *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia* es la que de manera más ordenada establece el conjunto de operaciones que integran la obra histórica, sin dejar fuera el aspecto herme-

<sup>7</sup> Theodor W. Adorno y Max Horkheimer, *La sociedad. Lecciones de sociología*, traducción de Floreal Mazía e Irene Cusien, Proteo, Buenos Aires, 1969, 205 pp., p. 9.

<sup>8</sup> Conviene tener en cuenta el concepto de *ciencia* que señala Dilthey: “...un conjunto de proposiciones cuyos elementos son conceptos; es decir, perfectamente determinados, constantes en todo el complejo de pensamiento y universalmente válidos...”. Wilhelm Dilthey, *Introducción a las ciencias del espíritu. Ensayo de una fundamentación del estudio de la sociedad y de la historia*, traducción de Julián Marías, prólogo de José Ortega y Gasset, Revista de Occidente, Madrid, 1966, 584 pp., p. 39.

néutico.<sup>9</sup> Droysen, quien a los veinte años asistió a las lecciones de Hegel, es el vínculo entre éste y la historiografía diplomática del siglo XIX.<sup>10</sup>

Insisto en la separación de las dos tradiciones decimonónicas, ya que la finalidad y originalidad de ambas pueden radicar en alcanzar la cientificidad de la historia. Pero mientras una procuró hacerlo dentro de un sistema —la filosofía positiva—, la otra sólo atendió a las necesidades internas de la disciplina. Sin embargo, hacia el cambio de siglo, la una fue permeando a la otra. De la tradición de la historiografía diplomática se derivó el establecimiento y desarrollo de las llamadas ciencias auxiliares de la historia, que comenzaron a aparecer en los tratados posdroysenianos de metodología, como los clásicos de Bernheim, de Langlois y de Seignobos. El autor alemán sigue fiel a los dictados de la tradición de su patria, mientras que los franceses, sin ser positivistas ortodoxos, a la manera de Comte y sus seguidores, sí asumen algunas de las características principales del conjunto de conceptos o pensamientos propio del positivismo, como la idea de la evolución histórica. Es decir, adoptan como creencia lo que antes se gestó como noción o concepto. No obstante, en el plano más consciente, rechazan la generalización. Concluyen diciendo que “no es la historia otra cosa que el aprovechamiento de los documentos”.<sup>11</sup>

<sup>9</sup> La edición disponible en español del trabajo de Droysen es *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*, traducción de Ernesto Garzón Valdés y Rafael Gutiérrez Girardot, Alfa, Barcelona, 1983, 390 pp.

<sup>10</sup> El conocimiento y el reconocimiento de Droysen han sido tardíos. Cf. Hayden White, *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore y Londres, 1987, 244 pp., pp. 83-103. [Hay traducción al español.] En estas páginas ofrece un estudio sobre la *Histórica* de Droysen. A su vez, Hans Georg Gadamer revalora la contribución de Droysen a la hermenéutica en su clásica *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, traducción de Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito, Sígueme, Salamanca, 1991, 687 pp., pp. 270-276: “La relación entre hermenéutica e historiografía”. Para un seguimiento de la tradición historiográfica alemana, véase Georg G. Iggers, *The German Conception of History*, edición revisada, Wesleyan University Press [Middletown], 1983, 388 pp. Un trabajo estimable, y que contiene la traducción de textos importantes de Guillermo de Humboldt y de Ranke, es el de Juan A. Ortega y Medina, *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana*, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1980, 269 pp.

<sup>11</sup> C. V. Langlois y C. Seignobos, *Introducción a los estudios históricos*, traducción de Domingo Vaca, La Pléyade, Buenos Aires, 1972, 237 pp., p. 233.

A finales del siglo XIX la teoría de la historia adquirió nuevas connotaciones cuyos primeros frutos, originados principalmente en Alemania, pronto tendieron a universalizarse. La distinción entre teoría y filosofía de la historia a veces es clara y precisa; otras, se confunde y da por sinónimas actividades cuya distinción semántica es importante. Ciertamente, una puede implicar a la otra. La teoría reemplazó lo que del Renacimiento al siglo XVIII hacía la preceptiva histórica, como apéndice o prolongación de la preceptiva literaria, esto es, una actividad retórica. La cientificación operada en el siglo XIX tuvo que generar otra disciplina que, aunque conservó mucho de lo viejo, se renovó en contenidos y, sobre todo, en actitudes. La distinción entre teoría y filosofía de la historia radica en que la segunda, en su acepción original, fue una filosofía especulativa sobre el acontecer, mientras que la teoría puede ser equivalente a una filosofía crítica de la historia. Hegel es un ejemplo claro de la primera, mientras que Nietzsche lo es de la segunda. Las grandes filosofías especulativas de la historia llegaron a su culminación con Marx, aunque el siglo XX ha dado lugar a Spengler y —en cierta medida— a Toynbee, quienes, si bien en su tiempo influyeron mucho, han caído en el olvido en la segunda mitad del siglo que está por concluir.

La teoría de la historia se dedicó a los problemas inherentes a la naturaleza de la disciplina histórica: su objeto de conocimiento, su ubicación en el panorama de las ciencias, la relación entre el objeto y el sujeto, los procedimientos y métodos. En ese sentido, se puede distinguir —dado que tienden a confundirse— entre filosofía, teoría y metodología de la historia. La primera, en su sentido especulativo, parecía no ofrecer más novedades al finalizar el siglo XIX. En la acepción de filosofía crítica, o mejor, de teoría, se planteaban en cambio novedades radicales en franca oposición al positivismo. A la metodología ya hice referencia cuando mencioné el desarrollo alcanzado gracias a la sistematización de las ciencias auxiliares. Los historiadores mexicanos interesados en pensar la historia tenían una enorme tarea por delante.

## EL POSITIVISMO EN LA HISTORIOGRAFÍA DE MÉXICO

Antes de que Gabino Barreda estableciera la Escuela Nacional Preparatoria en 1867, en México prevalecían, en historiografía, el empirismo propio de los eruditos, como Orozco y Berra, Ramírez y García Icazbalceta, quienes fincaban su labor en la erudición; el liberalismo, que antepone el factor ideológico a lo que se investigaba y escribía, el romanticismo que, sin dejar a un lado las ideologías, intentaba grandes recreaciones históricas. Algunos de ellos, como Riva Palacio, participaron en más de una corriente y actitud, y hasta fueron atraídos por elementos evolucionistas que dieron a sus escritos un disfraz positivista y lograron incluso confundir a sus exegetas. Conforme las enseñanzas de Barreda se afianzaban en las generaciones de egresados de la preparatoria, el positivismo adquiría, paulatinamente, el carácter de doctrina oficial, aunque sin llegar a los extremos de Brasil, en cuya bandera nacional puede leerse la divisa *ordem e progresso*. Sin embargo, no fue la única corriente, pues aún permanecía vivo un liberalismo fiel a sus orígenes, que no aceptaba las transformaciones sufridas en la segunda mitad del siglo, y el catolicismo, opuesto a uno y otro, en sus versiones ultramontana y social.<sup>12</sup>

La historiografía y la teoría de la historia naturalmente se dejaron influir por el positivismo o, lo que es lo mismo, el positivismo también comprendió las tareas historiográficas. A partir de lo que puede considerarse el acta de nacimiento de la doctrina en nuestro país, la *Oración cívica* pronunciada por Gabino Barreda en Guanajuato, se realiza una interpretación comtiana de la historia de México. Pese a ello, la relación entre positivismo e historiografía tardó en madurar. En otro lugar he señalado que la primera historia de corte netamente positivista elaborada en México fue la enorme *Historia de la medicina en México*, del doctor Fran-

<sup>12</sup> El estudio más reciente sobre el tema es el de Charles A. Hale, *La transformación del liberalismo en la segunda mitad del siglo XIX*, traducción de Purificación Jiménez, Vuelta, México, 1991, 453 pp. La presencia de este texto no impide señalar el clásico de Leopoldo Zea, *El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia*, 2ª ed., FCE, México, 1968, 481 pp., ni el texto de William D. Raat, *El positivismo durante el porfiriato (1876-1910)*, traducción de Andrés Lira, Secretaría de Educación Pública, México, 1975, 175 pp. (SepSetentas, 228), ni la interesante aportación de Walter Beller *et al.*, *El positivismo mexicano*, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, México, 1985, 383 pp.

cisco de Asís Flores, acaso la obra historiográfica más cabalmente positivista.<sup>13</sup> Tanto en lo que respecta al gran marco interpretativo comtiano como al apego fiel a los datos, el voluminoso texto del doctor Flores es la más ortodoxa expresión del positivismo historiográfico mexicano. En pocos textos se amalgaman como en él, de manera tan bien lograda, el empirismo de los datos con la enseñanza comtiana. Tanto en el nivel macro como en el microhistoriográfico, este libro equilibra lo que otros no hicieron: los que se ocuparon más de la comprensión general del devenir fueron fieles a las principales ideas positivistas, como la evolución de la humanidad, el consenso que establece el orden social, o bien, las explicaciones inspiradas en Taine de los factores que sustentan el espíritu nacional: el medio, la raza y el momento histórico; quienes atendieron más a los hechos, perdieron de vista el aspecto interpretativo y, por lo tanto, se alejaron del auténtico positivismo, para quedar apenas en el empirismo. Así, Bulnes trataba de seguir a Taine, y Sierra era un evolucionista consumado, pero heterodoxo, como, en cierta medida, lo fue también Rabasa. Quienes alcanzaron de mejor manera el mencionado equilibrio fueron, sin duda, Porfirio Parra, Ricardo García Granados y Andrés Molina Enríquez, pero no emprendieron trabajos de la magnitud de la *Historia de la medicina* de Flores, ni deslindaron con claridad las fronteras entre la historia y la sociología.<sup>14</sup>

Los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX son, en México, más bien precarios en lo que se refiere a la producción de textos sobre teoría de la historia. En ocasiones se encuentra algún párrafo, algún artículo, algún prólogo con cierto contenido que remite al ámbito de esta nueva disciplina. Parece que en este renglón el año de 1910 es también un hito. Dentro de la exigua cosecha realizada, aparecen los textos que a continuación presento.

Para comenzar, un párrafo de Justo Sierra, en el que hace profesión de fe científico:

<sup>13</sup> Véase mi artículo "Notas sobre la historiografía positivista mexicana", *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, núm. 21, septiembre-diciembre de 1991, pp. 49-64. Necesariamente sigo lo expuesto en ese trabajo.

<sup>14</sup> Sobre las relaciones entre las dos disciplinas en México, es imprescindible el libro de Moisés González Navarro, *Sociología e historia en México*, El Colegio de México, México, 1970, 89 pp. (Jornadas, 67).

Las ciencias naturales —y la de la sociedad es una de ellas, y con la de la sociedad las que hacia ella gravitan, como la historia, la economía política, etcétera— resultan cada vez más sobrias en generalizaciones. El periodo juvenil y brillante de las grandes teorías absolutas fundadas sobre un corto número de hechos insuficientemente observados ha desaparecido, y sólo de vez en cuando algún rezagado adorador de los procedimientos añejos publica su sistema histórico y social, especie de cosmos, sin más valor que el literario; obra de arte, que no de ciencia, en suma. A ese que llamaríamos el periodo romántico de las ciencias sociales, ha sucedido el realista, si vale decirlo así; el positivo, para darle su nombre legítimo.<sup>15</sup>

El párrafo es ilustrativo por cuanto establece que la historia es una ciencia natural y que, como tal, es —debe ser— positiva, realista. Dentro de él se inscribe su propia obra, que además estará caracterizada por su concepción evolucionista del devenir. Sierra no desarrolló un trabajo particular sobre teoría, pero en sus libros y artículos hay muchas ideas que revelan que poseía una conciencia muy clara de la disciplina histórica así como de la historia.

Más cerca de la teoría de la historia está un breve artículo de Porfirio Parra, publicado en 1891. El tema central es la enseñanza de la historia, y fue escrito para terciar en la polémica sostenida por Guillermo Prieto con Enrique Rébsamen, sólo que, mientras los polemistas expresaban sus divergencias sobre la interpretación que se debía dar a la enseñanza de la historia, Parra trataba de desprenderse de lo más inmediato para elevarse a un nivel teórico, cosa que logró gracias al sustento positivista que lo animaba. La breve reflexión de Parra puede ser un eco lejano —a la vez que actualizado— de ideas expresadas por el ilustrado Volney, a fines del siglo XVIII, en las que discutía acerca de la conveniencia e inconveniencia de enseñar historia a los niños y a los jóvenes.<sup>16</sup> Parra, con el apoyo teórico de Comte, sugiere que se enseñe la historia de acuerdo con las tres edades del individuo, para llegar a lo racional después de lo emotivo y lo imaginativo.

<sup>15</sup> Justo Sierra, "México social y político. Apuntes para un libro", en *Obras completas del maestro Justo Sierra*. IX. *Ensayos y textos elementales de historia*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1948, 517 pp., pp. 131-132.

<sup>16</sup> Los textos de Prieto, Rébsamen y Parra se encuentran en Ortega y Medina, *Polémicas...*, op. cit., pp. 279-309; Volney, *Lecciones de Historia, pronunciadas en la Escuela Normal*, 2 vols. Imprenta de David, París, 1827, I, pp. 105-131.

El aspecto racional comprendería una historia beneficiada por la crítica histórica y la filosofía de la historia. Parra no desdeña utilizar el concepto, pese a su ortodoxia positivista. Esta filosofía de la historia consistiría en “la aplicación severa de la lógica inductiva a la elaboración de los hechos históricos para que de tal elaboración surgiese y se destacase la ley sociológica basada en ellos”. La historia racional debía ser “una verdadera ciencia que pone en relieve la relación de causa a efecto, que comprueba la ley de causalidad que asciende de los hechos a la ley, al mismo tiempo que ilustrada por la ley interpreta los hechos”.<sup>17</sup> Años después, el mismo Parra vuelve a ocuparse del tema. En 1906 declara:

Relatar los sucesos a la luz de la historia, analizarlos conforme a las enseñanzas de la filosofía, llevando este análisis hasta la intimidad misma de los hechos, conforme a los datos y leyes de la ciencia: he aquí cuáles son, en nuestro concepto, los dos elementos inseparables de un estudio histórico-sociológico. Mas los hechos no son la ciencia, sino el material que la constituye; para que ella surja alada y potente, coordinando la masa confusa de los hechos, se requiere que el hombre elabore éstos por medio de las facultades de generalización características de la inteligencia, que los asocie en conceptos, que una los conceptos en leyes.<sup>18</sup>

La reflexión de Parra revela una clara toma de conciencia en torno a la relación entre lo fáctico y la elaboración final, revestida de científicidad. Su aportación es interesante, como lo fue su propia realización historiográfica, en la que, de manera sistemática, expone los hechos de manera narrativa y, después, establece la interpretación conceptual. Es así la ilustración de cómo un profesor de lógica escribe historia, sin desentenderse de la materia prima que la constituye y, desde luego, sin quedarse en ella.

<sup>17</sup> Parra, en Ortega, *op. cit.*, p. 308.

<sup>18</sup> Porfirio Parra, *Estudio histórico-sociológico sobre la Reforma en México*, s. e., México, 1906, 163 pp. Hay reedición con el título de *Sociología de la Reforma*, Empresas Editoriales, México, 1948, 244 pp. (El liberalismo mexicano en pensamiento y acción, 8). En un opúsculo titulado *Plan de una historia general de Chihuahua o índice razonado de los capítulos que deben formarla*, Tipografía de la viuda de F. Díaz de León, México, 1911, 39 pp., Parra vuelve a desarrollar elementos de tipo teórico en función de cómo debe abordarse la historia de un estado. Pese a los años transcurridos, no deja de tener relevancia para quienes se dedican hoy a la historia regional. Su aportación teórica, sin embargo, no tiene la sistematización de otros textos.

Otra reflexión historiográfica digna de ser tomada en cuenta, aunque también puede ser calificada de prototeórica, es la que hizo Francisco Bulnes para defenderse de los ataques que recibió por su libro *El verdadero Juárez*. Para el controvertido autor, hay dos clases de historia: la analítica y la sintética. Esta última sólo está reservada para dos clases de autores: los genios y los imbéciles.

La historia analítica, en cambio, es la más adecuada para el común de los hombres. El análisis exige las cualidades que debe tener todo historiador. Al explicar tales cualidades, Bulnes compone un pequeño tratado de seducción histórica. Las cualidades son: fineza, sutileza, delicadeza, precisión, penetración y profundidad. La primera sirve para “apoderarse del hecho atómico, infinitesimal, celular, molecular”; la sutileza “es la suprema fineza”; la delicadeza, por su parte, afecta los procedimientos de observación, comparación, clasificación y método. La precisión consiste en extraer de una masa de hechos el que se necesita, aislado por completo e irreprochablemente verdadero, verificado con pureza de procedimiento; la penetración ayuda a comprender el hecho en todas sus relaciones, su influencia, su importancia para la síntesis, para la generalización. Por último, la profundidad hace avanzar la penetración hasta descubrir los detalles más ocultos.<sup>19</sup> En fin, sin llegar a un nivel teórico, las caracterizaciones de Bulnes constituyen una importante orientación metodológica, así como las reflexiones historiográficas que preceden a lo comentado, en torno a los distintos temperamentos de los historiadores de todos los tiempos.

La teoría de la historia de elaboración mexicana tiene su más acabada expresión en “El concepto científico de la historia”, artículo publicado en 1910 por Ricardo García Granados. Se trata, en términos generales, de una revisión de las principales doctrinas deterministas, del providencialismo en adelante, pero con especial referencia a las contemporáneas, emanadas del positivismo, y del darwinismo social. Expone cada una de ellas y la somete a juicio. Se advierte en García Granados una aceptación

<sup>19</sup> Francisco Bulnes, *Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma*, Eusebio Gómez de la Puente, México, 1905, primera parte, capítulo II. Sigo mi propia glosa publicada en mi artículo citado “Notas sobre la historiografía positivista mexicana”, p. 53.

básica del evolucionismo, ya que, por ejemplo, al referirse a las doctrinas del determinismo del clima en la historia, expuestas principalmente por Buckle, lo aprueba para los pueblos primitivos, pero da a entender que conforme avanza la humanidad se despega de aquellos elementos externos que la determinan, para alcanzar su libertad, su *telos*. No acepta, en cambio, los determinismos biológicos congénitos, como la supremacía racial, convirtiéndose en uno de los primeros críticos de Gobineau. Sorprende, asimismo, la actualización de que hace gala el autor, al citar, con buen conocimiento de sus obras, a Karl Lamprecht y a Lester F. Ward.<sup>20</sup> Con García Granados se asiste a una importante crítica al determinismo, pero sin abandonar el positivismo. No se encuentra muy lejos de hacerlo, al integrar elementos de psicología social y al expresar que la libertad es la meta de la humanidad. Sin embargo, todavía deja en pie aspectos fundamentales del positivismo, como la creencia en la evolución. Tal parece que la historia es una tensión entre los elementos que tratan de determinarla y la libertad.

Con esa importante contribución a la teoría de la historia, hecha en México, se cierra el capítulo correspondiente al siglo XIX, aunque ya a 10 años de transcurrido el XX. Es el corolario de la doctrina positivista, en la que se formó García Granados, a la que sintetiza y somete a examen crítico. Después de esta declaración teórica tendrían que venir, como consecuencia natural, otras alternativas.

#### LA HISTORIA, AUSENTE EN EL ATENEO

Si bien a la postre algunos miembros del Ateneo de la Juventud se convirtieron en historiadores, como Luis Castillo Ledón o Alfonso Teja Zabre, y uno de sus miembros más conspicuos, Antonio Caso, destacará en el campo de la filosofía de la historia, en los años en que estuvo vigente la asociación civil (1909-1914), los intereses de quienes la formaban eran principalmente artísticos y filosóficos. Clío no era musa que los inspirara.

<sup>20</sup> El artículo fue publicado en 1910 en la *Revista Positiva*. Es recogido en Ortega y Medina, *Polémicas...*, *op. cit.*, pp. 321-370. Un buen estudio reciente es el de Laura A. Moya López, "Historia y sociología en la obra de Ricardo García Granados", *Sociológica*, año 9, núm. 24, enero-abril de 1994, pp. 13-31.

No obstante lo anterior, hay que poner de relieve la crítica filológica que emprenden, sobre todo Antonio Caso y José Vasconcelos contra el positivismo, tanto en las famosas “Conferencias del Ateneo de la Juventud”, celebradas en 1910 bajo los auspicios del Centenario, como en otras pronunciadas por el primero en el “Generalito” de la Escuela Nacional Preparatoria, y en la polémica que este autor entabló con el ingeniero Agustín Aragón por las ideas contrarias que éste expresara hacia la recién inaugurada universidad nacional.<sup>21</sup> Los embates de Caso y de Vasconcelos contra el positivismo hicieron que esta doctrina se resintiera. El triunfo de la Revolución, además, la desterró como “filosofía” oficial. A partir de 1910 se inicia el proceso de desintegración del positivismo.<sup>22</sup>

El pensamiento historiográfico resiente este proceso a lo largo de los primeros 15 o 20 años transcurridos a partir del estallido de la Revolución. Salvo algunos libros importantes, aparecidos después de 1910, escritos por positivistas destacados, entre quienes señalo a Emilio Rabasa, Francisco Bulnes, Ricardo García Granados y Andrés Molina Enríquez, la historiografía que se elabora en México renuncia de manera clara a interpretar y explicar el pasado a partir de elementos tales como la teoría de la evolución, la supervivencia del más apto, el determinismo racial o climático, y a expresarse en un lenguaje rico en metáforas físico-quími-

<sup>21</sup> Sobre el Ateneo, véanse Juan Hernández Luna (ed.), *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962, 215 pp. (Nueva Biblioteca Mexicana, 5); José Rojas Garcidueñas, *El Ateneo de la Juventud y la Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1979, 155 pp. La polémica Caso-Aragón, en Antonio Caso, *Obras completas*, I. *Polémicas*, prólogo de Juan Hernández Luna, compilación de Rosa Krauze de Kolteniuk, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1971, 687 pp. (Nueva Biblioteca Mexicana, 13), pp. 4-45.

<sup>22</sup> En otros órdenes, ajenos al pensamiento historiográfico, hay manifestaciones importantes tanto en favor como en contra del positivismo. Entre las contrarias, resalta la sustitución del plan de estudios de la Escuela Nacional Preparatoria llevada a cabo en 1914 por iniciativa del secretario de Instrucción Pública, Nemesio García Naranjo, socio del Ateneo. *Apud*. Javier Garciadiego, *Rudos contra científicos*, El Colegio de México, México, 1996. En favor, además del material publicado por Agustín Aragón, en los últimos años de la *Revista Positiva* (que dejó de publicarse en 1914), destaca la reacción expresamente dirigida contra Caso y Vasconcelos por el joven médico y filósofo michoacano José Torres Orozco, cuya muerte prematura impidió que se llevara a cabo una interesante polémica. Véase Juan Hernández Luna, *José Torres Orozco, el último positivista mexicano*, México, edición del autor, 1970, 151 pp.

co-biológicas. La historiografía de nuevo cuño oscilará entre dos extremos: una de ellas estará comprometida con la nueva realidad revolucionaria, y la otra procurará restaurar tradiciones de raigambre hispánica, amenazadas de extinción ante el choque de la nueva barbarie, cruzada de cananas o ataviada con calzón blanco.

En 1974 denominé esas manifestaciones historiográficas con los nombres de pragmatismo político y empirismo tradicionalista. Veintiún años después confirmé mi nomenclatura. La historiografía pragmático-política comprende toda la producción cuyo objeto de estudio era la revolución que se desarrollaba ante los ojos de quienes escribían sobre ella, y que se expresaban por medio de memorias, reunión de documentos o artículos periodísticos, crónicas de hechos políticos y militares; en fin, obras que se referían a un pasado tan inmediato que todavía no resultaba claro si ya había concluido. (No era la primera vez que esto sucedía en la historiografía mexicana; desde la Independencia se ha practicado una historiografía asociada al acontecer inmediato.)

En el otro extremo se ubicaban los devotos de la rememoración de un pasado lejano. Su campo preferido fue la Nueva España. Mucha de esta práctica historiográfica puede asociarse a la corriente literaria del colonialismo, que tuvo entre sus grandes cultivadores a don Luis González Obregón y a Artemio de Valle Arizpe. A los que se ubican en este extremo Genaro Estrada los satiriza en su magnífico *Pero Galín*; publican enormes cantidades de documentos inéditos y muy raros, y monografías acerca de temas tan particulares como los jardines o las fuentes de la Nueva España; lo que sorprende es el hecho de haber sido escritos o editados en medio de las convulsiones que trajo consigo la Revolución.<sup>23</sup>

Ni a unos ni a otros les hacía falta el positivismo; se amparaban en la referencia a los documentos probatorios. Los revolucionarios —en la mayoría de los casos— los tenían en sus archivos personales y en su memoria. Los tradicionalistas acudían a los repositorios públicos, como el Archivo General de la Nación, o conseguían papeles en parroquias y bibliotecas. En ambos casos

<sup>23</sup> Desarrollé esta idea en la introducción a *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, Secretaría de Educación Pública, México, 1974, 202 pp. (SepSetentas, 126), y la he reiterado en otros escritos.

la experiencia era la fuente de autoridad en que sustentaban sus juicios y sus narraciones.

La práctica de la historia se fue imponiendo como una necesidad. Es interesante observar el contraste entre la falta de historiografía e historiadores en los años del Ateneo, frente a la proliferación de los trabajos históricos un decenio después, así como la incursión de algunos ateneístas en la historiografía o en la reconstrucción de hechos vividos.

#### NUEVOS RUMBOS DE LA HISTORIA: EL ADVENIMIENTO DE LAS CIENCIAS AUXILIARES

La celebración del centenario de la Independencia trajo también nuevos aires para el cultivo de la historia. Entre los invitados más destacados —desde el ángulo académico— estuvo don Rafael Altamira y Crevea, catedrático de la Universidad de Oviedo, y ya para entonces reputado como uno de los más distinguidos historiadores españoles. Antes, a finales de 1909, había estado aquí, casi de tránsito, proveniente de El Callao y con rumbo a Nueva York. Poco tiempo después, en enero y febrero del año siguiente, estuvo por segunda vez en México, y desempeñó de manera exitosa una intensa embajada cultural. Impartió 17 conferencias e improvisó discursos, respuestas a la prensa, participaciones espontáneas. Entre las conferencias interesa particularmente una: “Principios de la ciencia histórica”, que expuso en el Museo Nacional. Es indudable que ahí sembró ciertos conceptos e ideas, ya que algunos historiadores lo recuerdan por ello.

Ya para entonces Altamira se había ocupado en cuestiones de método, por lo cual dicha conferencia debe haberle resultado muy rica en contenidos. Puede decirse con bastante seguridad que este acto fue muy importante en la introducción de los nuevos rumbos metodológicos que habría de seguir el análisis histórico, los que alcanzarían su perfeccionamiento con los trabajos de Bernheim y Bauer, en Alemania, y los de Langlois y Seignobos en Francia. En España, Rafael Altamira y Crevea, junto con Zacarías García Villada, había divulgado y puesto en práctica las novedades implícitas en la metodología de la historia.<sup>24</sup>

<sup>24</sup> Pedro Henríquez Ureña, “Altamira en México”, reproducido en Alfredo

Es posible aventurar que la recepción mexicana fue entusiasta, pero a la vez acrítica y pasiva. Es decir, los autores que se dedicaron a comentar y divulgar los nuevos hallazgos europeos de la metodología histórica se limitaron a expresar que, con el concurso de las ciencias auxiliares, la historia ofrecía mayores garantías de cientificidad, aunque sin reparar en la naturaleza de cada uno de los contenidos de dichas ciencias auxiliares, algunos de los cuales habían sido pensados para resolver problemas de la historia del Imperio romano o de la Edad Media. Tal vez en algunos casos fuera posible cierta aplicación a la historia precolombina pero, en la mayoría, lo reciente de la historia colonial hacía que no siempre se beneficiara de los auxilios que podrían proporcionarle algunas de las ciencias auxiliares; otras, como la arqueología, la paleografía y la diplomática, desde luego, ofrecían su indiscutible universalidad. El caso es que ni Alfonso Toro, ni Jesús Galindo y Villa, ni el obispo Valverde Téllez, ni José de Jesús Núñez y Domínguez se ocuparon en reflexionar sobre la manera de hacer de las tan traídas y llevadas ciencias auxiliares de la historia instrumentos verdaderamente útiles para la investigación histórica mexicana. Quienes quisieran hacerlo, tras leer sus interesantes noticias, deberían esforzarse en pensar cómo convertirlas en herramientas adecuadas para el trabajo del historiador en estas latitudes.

A pesar de todo, la función divulgadora que cumplieron es importante. Ciertamente, los grandes historiadores eruditos del siglo XIX utilizaron, pongamos por caso, la paleografía, aunque no hubieran leído ningún manual que les explicara en qué consistía. La práctica los hizo. Sin embargo, el problema se presentaba en el siglo XX de otra manera. Al aumentar el interés de más personas por la historia, comenzaba a hacerse necesaria su enseñanza en niveles superiores, como hacía ya tiempo que sucedía

A. Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México*, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, México, 1989, pp. 124-127, y fragmento de las *Memorias* del mismo Henríquez Ureña en pp. 122-123. Javier Malagón, "Altamira en México", en Malagón y Silvio Zavala, *Rafael Altamira y Crevea. El historiador y el hombre*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1971, 120 pp., p. 67. Sobre el contexto español de Altamira y García Villada, cf. el interesante trabajo de Gonzalo Pasamar e Ignacio Peiró, *Historiografía y práctica social en España*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1987, xi-92 pp.

en Europa y los Estados Unidos. Aunque no se planteara aún una enseñanza profesional sistemática e institucionalizada, cada vez más se hacía presente la comunicación de conocimientos y métodos relativos al estudio del pasado, mediante conferencias, discursos y artículos.

Genaro García y Jesús Galindo y Villa fueron los primeros maestros de historia propiamente dichos. El Museo Nacional inició unos cursos para los conservadores de la institución. En 1911, Galindo y Villa relevó a don Genaro, y su programa del curso de historia de México comienza con una reflexión y caracterización de cada una de las ciencias auxiliares de la historia.<sup>25</sup> Más adelante impartió el curso Roberto Esteva Ruiz y Valverde, quien, al decir de Galindo, se ocupó con amplitud, por primera vez en México, de temas de metodología, si se exceptúa la conferencia previa que dio Altamira. Los cursos del Museo Nacional fueron trasladados a la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México, en 1914.<sup>26</sup> El destino de las ciencias auxiliares fue correlativo a las necesidades específicas de la historia mexicana. Hasta donde sabemos, el desarrollo de la numismática en nuestro medio no ha ido más allá del coleccionismo. La sigilografía brilla por su ausencia; lamentablemente, la geografía histórica no ha dado muchos frutos. En cambio, la arqueología dejó de ser concebida como auxiliar para adquirir su total autonomía, aunque cabe señalar que se desarrolló una saludable interdisciplina entre ella y la historia. La epigrafía, con necesidades muy

<sup>25</sup> “Apertura de las clases de Historia y Arqueología”, *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, t. 1, núm. 2, agosto de 1911, pp. 22-28. El programa de Jesús Galindo y Villa incluía: bibliografía o bibliología, paleografía, epigrafía, heráldica, numismática, arquitectura, escultura, pintura, glíptica, sigilografía, indumentaria, mobiliario e iconología.

<sup>26</sup> Entre los materiales recogidos en esta compilación figura el mencionado de Jesús Galindo y Villa, así como los de Alfonso Toro, Emeterio Valverde Téllez y José de Jesús Núñez y Domínguez, que aluden a las ciencias auxiliares. Galindo hace referencia al curso de Esteva Ruiz y Valverde, y a su vez señala que él mismo impartió uno en la ciudad de León, Gto. Este autor fue quien más profundizó en el problema y conoció la bibliografía más actualizada del momento. El curso de Esteva Ruiz fue continuación de los impartidos por Genaro García y Galindo en el año mencionado. Anteriormente hubo otros, cuyo promotor fue don Nicolás León. Cf. Xavier Tavera Alfaro, “La carrera de historia en México”, *Historia Mexicana*, vol. iv, núm. 4 (16), pp. 624-636, *apud* en Jesús Galindo y Villa, *Documentos relativos a la traslación de clases que actualmente se cursan en el Museo, a la Escuela Nacional de Altos Estudios...*, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, México, 1915.

distintas a las europeas, espera todavía mejores momentos. La heráldica, más que funcionar como ciencia auxiliar, ha servido para satisfacer las veleidades aristocratizantes de las familias de abolengo, pero se ha trabajado con rigor. Indudablemente, la bibliografía y la paleografía han corrido con mejor suerte y han hecho magníficas aportaciones al conocimiento histórico mexicano.

Es interesante hacer notar que los historiadores netamente positivistas no desarrollaron estos instrumentos de precisión histórica, ya que atendieron, de preferencia, los aspectos exegéticos por encima de los heurísticos. Ni Bulnes, ni Sierra, ni Rabasa se distinguieron por su ortodoxia instrumental; sí lo hicieron, en cambio, por sus cualidades interpretativas. De manera opuesta, los grandes eruditos renunciaron a la hermenéutica.

Para autores como Toro y Galindo y Villa la herencia positivista no era despreciable. Es evidente que el zacatecano era un devoto creyente en la idea del progreso. Para él la importancia del estudio de la historia radica, más que en la posibilidad de apreciar la diversidad de las culturas, en ilustrar cómo ha evolucionado la humanidad. Si bien el liberalismo que profesa claramente ha desterrado por completo la sujeción de la historia a etapas precisas, la marcha evolutiva está presente en su texto. Galindo, quien también participa de la idea del progreso, celebra además el desarrollo que ha tenido la sociología —no ciencia auxiliar, sino disciplina alterna— y cómo ésta ha desterrado a la especulativa filosofía de la historia.

#### EXPRESIONES ANTIPOSITIVISTAS

En cambio, la filosofía de la historia era algo que seguía desarrollándose en plenitud, en opinión del obispo Emeterio Valverde Téllez, quien, de manera sistemática e incluso obsesiva, había combatido con sus medios al positivismo.<sup>27</sup> Los católicos se ha-

<sup>27</sup> Además de los discursos insertos en esta compilación, destaca su importante *Bibliografía filosófica mexicana*, publicada en 1903 y 1913. En ella recoge una amplia bibliografía positivista y antipositivista, de manera que es un auxiliar todavía hoy valioso para el estudio de estas tendencias. Cf. la nueva edición facsimilar, con estudio introductorio de Herón Pérez Martínez, 2 vols. El Colegio de Michoacán, Zamora, 1989.

bían opuesto al pensamiento de Comte, de Spencer y de sus seguidores, como también lo habían hecho los liberales ortodoxos. Los sustentos agustinianos eran sólidos y ofrecían buenas perspectivas para defender la filosofía de la historia de la idea positivista esquemática de que correspondía al estadio metafísico, y la sociología, en cambio, al campo científico. El positivismo era condenado por su materialismo.

Pese a que la puesta en tela de juicio del positivismo por parte de los católicos fue muy severa, la que ofrecieron los ateneístas tuvo mayor trascendencia. El hecho de que la cultura católica fuese considerada algo relegado a un plano privado, familiar, religioso, le restaba la repercusión que tuvo, en cambio, un antipositivismo generado en medios laicos que podían ser calificados de académicos. (Uso con cierta reticencia esta palabra para aplicarla al México de los años de 1910 a 1935, porque lo académico apenas se iniciaba; tal vez sea más justo designarlo protoacadémico.) Y fue precisamente Antonio Caso, precursor junto con Pedro Henríquez Ureña de la figura del académico en México, quien inició el combate más efectivo contra el positivismo dominante.<sup>28</sup>

Resultó paradójico el hecho de que, cuanto más se afinaban los instrumentos auxiliares de la historia para fortalecer su cientificidad, aparecieran nuevas corrientes de pensamiento que, precisamente, pusieron en tela de juicio tal carácter científico. El cambio de siglo trajo consigo la distinción entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu, en la nomenclatura diltheyana, o ciencia natural frente a ciencia cultural, en la de Rickert. Por su parte, Benedetto Croce transitó caminos semejantes, al igual que Windelband. El nuevo historicismo y el neokantismo destruyeron la unidad metodológica del positivismo, que abarcaba por

<sup>28</sup> Una visión esquemática del desarrollo de las ideas en México indicaría que el positivismo desapareció en 1910 con la conjunción Ateneo/Revolución mexicana. Este texto intenta mostrar cómo, desde ese año hasta 1935, se dio la larga agonía del positivismo. Si bien pasa a ser una tendencia superada por las nuevas inquietudes filosóficas y por la realidad misma, hay fuertes resistencias a que sea abandonada. Sus defensores más entusiastas son el ortodoxo comtiano Agustín Aragón y León, editor de la *Revista Positiva* (1900-1914), fechada al modo del calendario comtiano; el hijo del introductor de la doctrina en México, Horacio Barreda, y el médico michoacano José Torres Orozco, muerto muy joven, de manera que su búsqueda polémica con Caso y Vasconcelos no tuvo lugar. Cf. Juan Hernández Luna, *José Torres Orozco...*, *op. cit.*

igual a todas las ciencias, sin importar su objeto. Ello, desde luego, afectó a la historia.<sup>29</sup>

La científicidad de la historia se vio radicalmente modificada al replantearse la particularidad de su objeto, que le impide establecer leyes, ya que éstas sólo pueden inferirse cuando el objeto de la ciencia es general. Los autores mencionados en el párrafo anterior abundaron en argumentos sobre el asunto, mismos que son retomados por quienes los aceptan, así como por quienes los rechazan. Entre los más conspicuos de éstos se encuentra el historiador rumano Alexandru Dimitriu Xénopol, importante teórico de la historia, quien no rehúye el problema sino que, además de enfrentarlo, ofrece una salida para reconstituir la científicidad positivista de la historia. Fue tal vez el último intento sólido por hacerlo. Su trascendencia no fue demasiado grande, aunque su obra tuvo la fortuna de ser traducida al francés y al español, y la edición castellana halló eco en algunos lectores mexicanos, que la comentaron y discutieron, dando lugar a lo que Juan A. Ortega y Medina llamó “el ciclo de Xénopol”.<sup>30</sup>

El primer receptor y divulgador de las teorías antipositivistas fue Antonio Caso, a la vez que discutió y tomó en cuenta al historiador rumano. Don Antonio ya tenía algún tiempo trabajando en un libro sobre filosofía de la historia,<sup>31</sup> lo que indudablemente lo llevó a leer la obra xenopoliana. Caso conocía la obra de Bergson y, para mediados de la década de 1910, ya había tenido contacto con las obras de Croce, que cita en sus textos, en las que el napolitano reflexiona sobre la naturaleza de la historia. En la primera edición de su libro, Caso no hace referencia a los traba-

<sup>29</sup> Cf. Dilthey, *op. cit.*; Enrique Rickert, *Ciencia cultural y ciencia natural*, traducción de M. García Morente, prólogo de J. Ortega y Gasset y F. Romero, Madrid, Espasa Calpe, 1965, 211 pp. (Colección Austral, 347); *Introducción a los problemus de la filosofía de la historia*, traducción de Walter Liebling, Nova, Buenos Aires, 1961, 158 pp.; Wilhelm Windelband, *La filosofía de la historia*, traducción y prólogo de F. Larroyo, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, México, 1958, 65 pp.

<sup>30</sup> Ortega y Medina, *Polémicas...*, *op. cit.*, p. 11.

<sup>31</sup> En la revista *La Nave*, año 1, núm. 1, mayo de 1916, Caso publica “La historia y la filosofía de la historia”, pp. 30-48, donde anuncia que se trata de un capítulo de *El concepto de la historia universal*, “que aparecerá en breve”. El artículo está fechado el 15 de septiembre de 1915. No fue tan “en breve”, ya que el libro apareció hasta 1923. El capítulo sobre Xénopol, “La historia como ciencia *sui generis*”, vio la luz en la revista *Acción Estudiantil*, órgano de la Federación de Estudiantes de México, t. 1, núm. 1, abril de 1920, pp. 8 y s. El texto de este artículo también fue integrado a la obra mencionada.

jos de Windelband, que sí menciona en la segunda, aparecida 10 años después. No obstante, cuenta con suficientes argumentos para establecer que la historia no es ni ciencia ni arte, sino una ciencia *sui generis*, una imitación creadora, ceñida a una realidad acontecida que se intenta reconstruir. Bajo el precepto aristotélico de que no hay ciencia de lo particular, Caso niega la cientificidad positivista de la historia, pero no lleva la disciplina al terreno de las artes, aunque el historiador participe de la creatividad, como otros artistas.

El ortodoxo comteano Aragón respondió violentamente al artículo de Caso, lo cual le mereció, a su vez, una extensa respuesta.<sup>32</sup> La argumentación de Aragón se centra en el concepto de ciencia y extiende su crítica no sólo a Croce, sino que juzga a Kant como un autor superado por toda la contribución positivista del siglo XIX. Le parece anacrónico utilizar la autoridad de Kant —filósofo metafísico del siglo XVIII— cuando se dispone de categorías y conceptos, según él, más avanzados. Una vez zanjada la discusión en torno a la ciencia, glosando a Xénopol, lo defiende de las observaciones críticas de Caso. Años después, Manuel Brioso y Candiani comentará que ni Caso ni Aragón leyeron bien la obra del rumano.

Más allá de la recepción crítica o entusiasta de la *Teoría de la Historia*, el trabajo de Antonio Caso vale por sí mismo, por lo que es su obra, ya que no se limita a reproducir los juicios de los filósofos de la historia contemporáneos, sino que a partir de algunos de sus argumentos propone sus propias reflexiones. Hasta donde puedo saber, es el primer teórico mexicano de la historia que introduce la discusión —que reaparecerá una y otra vez a lo largo del siglo XX en los medios internacionales— en torno a si la historia es ciencia o arte. Después del artículo de García Granados —cronológicamente—, la aportación de Caso es la más completa y rica de las que se habían elaborado en este país. Va más allá de las circunstancialidades con las que se habían acercado a la reflexión sobre la historia autores como Toro, Galindo y Villa y monseñor Valverde. Caso se ubica como precursor de lo que llegará

<sup>32</sup> La polémica Caso-Aragón sobre la obra de Xénopol aparece en Ortega y Medina, *op. cit.*, pp. 371-432 y en Antonio Caso, *Obras completas*. I, *Polémicas*, prólogo de Juan Hernández Luna, compilación de Rosa Krauze de Kolteniuk, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1971, 687 pp., pp. 47-79.

con más vigor a México a partir de 1940, ya que algunas de sus fuentes son comunes a las que traerán consigo los transterrados españoles.<sup>33</sup> Vale la pena recoger los dos últimos párrafos de su obra:

La historia ha de escribirse platónicamente; filosofando con todo el espíritu. Sólo así se infunde una nueva vida en lo inerte; resurgen las instituciones y las creencias desaparecidas, y cobra nuevos bríos el abigarrado conjunto de hombres y cosas evocados sobre las ruinas ungidas con la veneración de los pueblos, en el vasto acervo de las reliquias seculares que deposita la humanidad sobre el planeta, al cumplir su destino constante; su muerte perpetua y su perpetua resurrección.

La historia es una *imitación creadora*; no una invención como el arte, ni una síntesis abstracta como las ciencias, ni una intuición de principios universales como la filosofía.

#### EL CICLO DE XÉNOPOL

Al oaxaqueño Manuel Brioso y Candiani, profesor de lógica y hasta cierto punto historiador, corresponde ser un xenopoliano ortodoxo, aunque no incondicional. Su lectura de la *Teoría de la Historia* del rumano fue exhaustiva y meticulosa. Su contribución al pensamiento historiográfico mexicano consistió en hacer una suerte de resumen del enorme libro, para dejarlo en poco más de un centenar de páginas, donde le otorga a la exposición del rumano un orden, a su juicio, más lógico. En rigor, *Las nuevas*

<sup>33</sup> Es importante hacer notar las diferencias entre las dos ediciones del trabajo de Antonio Caso. La primera es *El concepto de la historia universal*, México Moderno, México, 1923, y la segunda, aparecida en 1933, modifica el título como sigue: *El concepto de la historia universal y la filosofía de los valores*. Puede verse en Antonio Caso, *Obras completas X*, prólogo de Margarita Vera Cuspina, compilación de Rosa Krauze de Kolteniuk, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985, 315 pp., pp. 1-93. Sobre Caso, además del excelente prólogo de M. Vera Cuspina, véanse Rosa Krauze de Kolteniuk, *La filosofía de Antonio Caso*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1985, 286 pp., especialmente pp. 114-127; Enrique Florescano, "Antonio Caso y la historia", *Historia Mexicana*, vol. xii, núm. 3 (47), enero-marzo de 1963, pp. 358-378 y, más reciente, José Hernández Prado, "El replanteamiento de la sociología profunda de Antonio Caso", *Sociológica*, UAM/Azcapotzalco, año 9, núm. 34, enero-abril de 1994, pp. 33-50. González Navarro, *op. cit.*, estudió también la relación entre sociología e historia en Antonio Caso, pp. 67-86.

*orientaciones para la constitución de la Historia* funcionan de manera excelente como introducción al pensamiento de Xénpol, a quien critica sus proyecciones eurocentristas y en ocasiones racistas, pero a quien salva como reivindicador de la teoría científica de la historia.

Xénpol conoció las objeciones neokantianas e historicistas a la teoría positivista, en particular las que establecían la unicidad e irrepitibilidad del hecho histórico y cómo, por esta razón, resultaba imposible establecer leyes. Tras meditarlo, Xénpol acepta el postulado de la particularidad, pero señala que es posible elaborar series de hechos y, de ellas, inferir leyes. En especial, la gran contribución de Xénpol es ésta: la posibilidad de establecer series de hechos. Con ello reivindicaba la científicidad de la historia.

Brioso y Candiani trató, él mismo, de aplicar a la historia mexicana la teoría de Xénpol. No tuvo mayor trascendencia. Pese a ello, en algunos opúsculos producidos en su momento, se le reconoce como lo que fue, el principal divulgador de Xénpol.<sup>34</sup> Una breve descripción de la monumental obra del rumano permitirá su cotejo con la síntesis del oaxaqueño. Comienza la *Teoría de la Historia* con el tema de la repetición y sucesión universales, para seguir con la “doble forma de la causalidad”. Esto le permite entrar en el tema del “carácter científico de la historia”, que precede a un capítulo en el que recopila lo que, a su juicio, son “opiniones erróneas acerca del objeto de la historia”, entre las que incluye la historia patriótica y moralizadora y lo que llama la “historia-censura”. Del capítulo quinto en adelante, Xénpol desarrolla los temas en los que analiza la morfología del acontecer: los factores constantes de la historia, la evolución histórica, los auxiliares de la evolución, lo inconsciente en la historia, concluyendo con las leyes de la evolución. Después prosigue con “el material de la historia”, es decir, los hechos, que abren la puerta a “las series históricas”, y concluye con su concepción de la historia y un último capítulo sobre el método. La obra evidentemente

<sup>34</sup> Es citado por Alberto Beteta y por Gilberto Loyo, cuyos trabajos se reproducen aquí. Al parecer, el último autor que lo cita es Jesús Galindo y Villa en un texto de 1936, “Lo previsible y lo imprevisible en el acontecer histórico”, incluido en Ortega y Medina, *op. cit.*, pp. 427-432. Ortega en esa obra hace un estudio detallado del llamado por él “ciclo de Xénpol”, pp. 382-389.

tiene su lógica, aunque Brioso y Candiani, quien la consideró perfectible, no pensó del mismo modo, y en su resumen se permite enviar al final el contenido del tercer capítulo de la obra original, el carácter científico de la historia, como penúltimo, antes de la “concepción de la historia”.<sup>35</sup>

Pese a la modestia de la edición oaxaqueña de la obra de Brioso, ésta tuvo presencia en un grupo selecto de lectores, que la citan. La posible construcción de series de hechos provocó el interés y el entusiasmo del estadígrafo Alberto Beteta, quien es el primero en el medio mexicano en llamar la atención sobre la aplicación de la estadística a los estudios históricos. Si bien puede otorgársele inspiración xenopoliana (vía Brioso), en su escrito despliega su sólida formación en la estadística. De ahí la validez de su texto, por encima de lo que pueda tener de ancilar con respecto al rumano y al oaxaqueño.

Por su parte, el ingeniero Galindo y Villa, como ya señalé, fue el último defensor de Xénopol, en un artículo tardío de 1936. En él, Galindo defiende la concepción científica de la historia y hace un resumen muy apretado de la *Teoría de la Historia*. Se advierte una lectura cuidadosa, así como la obvia observación de que no lo había leído en 1916, cuando publicó el texto ya referido.

#### LA ESCUELA SECUNDARIA Y LA TEORÍA DE LA HISTORIA

La institución, en 1925, de la escuela secundaria en México tiene una influencia interesante en el pensamiento historiográfico en la medida en que se requirió un número mayor de profesores de historia que el que laboraba en la Escuela Nacional Preparatoria y en los planteles particulares que seguían su plan de estudios. Hay testimonios de que hubo interés e inquietud en torno a la enseñanza de la historia y a la aplicación de métodos que la hicieran inteligible.

<sup>35</sup> A[lexandru] D[imitriu] Xénopol, *Teoría de la Historia. Segunda edición de Los principios fundamentales de la Historia*, traducción de Domingo Vaca, Daniel Jorro Editor, Madrid, 1911, xv-550 pp. La edición contiene un texto de Gabriel Monod, tomado de la *Revue Historique*, t. xcvi, 1908. De él se deduce que al menos en Francia, el historiador rumano tuvo alguna influencia que, gracias a la traducción española, alcanzó a México. Indudablemente es un libro que ofrece riqueza y originalidad en sus planteamientos. Me atrevo a expresar que de ser Xénopol francés o alemán, su influencia hubiese sido mayor.

En otro ámbito, que pronto convergerá con el de la enseñanza, desde 1919 se nota en México la presencia de la Tercera Internacional Comunista, con lo que ésta implica de divulgación del materialismo histórico. Durante los primeros años sólo se tiene testimonio del interés de los comunistas por influir en la organización de los trabajadores. Más adelante comenzaron a realizarse algunos ensayos de interpretación de la realidad contemporánea a partir del marxismo-leninismo. Para 1930 ya hay muestras claras del interés de una parte del profesorado por tener como guía esta doctrina para enseñar historia universal y de México. Las respuestas no se hacen esperar y tienen dos vertientes, una de cuño ortodoxo y la otra, abierta, que sumaría las aportaciones marxistas a otras, fruto del siglo que corría.

En la línea ortodoxa, el primer protagonista de esos afanes fue Rafael Ramos Pedrueza, quien ya había visitado la Unión Soviética y publicado algunos folletos de divulgación histórica en los que procuraba encontrar próceres mexicanos precursores del socialismo. Su opúsculo, *Sugerencias revolucionarias para la enseñanza de la historia*, es la primera aplicación formal del materialismo a la historia hecha en México en cuanto a que reproduce el esquema cronológico de los modos de producción, esclavismo-feudalismo-capitalismo-socialismo, y trata de adaptarlos a la historia mexicana para que los profesores se beneficien con ello y den sustento a los conocimientos que imparten.

Para Ramos Pedrueza la historia es ciencia y arte. Ciencia, porque está construida con un conjunto de verdades coordinadas cuya finalidad es exponer el pasado. Gracias al concurso de las ciencias auxiliares adquiere la categoría de ciencia positiva. Es arte, porque toda exposición histórica "requiere diafanidad que transparente su perspectiva". "El artista es creador. El historiógrafo, reconstructor. La expresión histórica constituye uno de los aspectos más interesantes del arte literario." Reconoce Ramos Pedrueza que la imparcialidad absoluta es imposible en esta ciencia. Debe haber una adhesión a la tendencia revolucionaria o a la conservadora. En fin, su texto va más allá de la sistematización de las etapas del materialismo histórico, y llega a plantear y discutir asuntos vigentes y vitales en torno a la concepción de la disciplina histórica. Hace, desde luego, hincapié en el compromiso revolucionario que debe adoptarse para educar a los jóvenes.

El economicismo que campea, por los mismos años, en otras escuelas de pensamiento histórico además del marxismo, encuentra eco en Gilberto Loyo, en ese entonces profesor de historia y después afamado demógrafo que elabora una serie de textos en torno a la enseñanza de la historia en los que revisa diferentes doctrinas, cita y discute a los autores de mayor influencia en ese tiempo, como Oswald Spengler, el muy mencionado Xénopol y materialistas históricos como Antonio Labriola, y plantea fincar la enseñanza de la historia en la adecuación de los problemas económicos del presente como punto de partida para encontrar su génesis en el pasado y hacer los seguimientos necesarios para hacerlos inteligibles. En otro ámbito, haciendo gala de cierto vanguardismo, Loyo es el primer teórico que llama la atención sobre la utilización del cine como elemento auxiliar no sólo de la enseñanza sino también de la investigación histórica. Considera que el cinematógrafo es a la época actual lo que la epigrafía a la antigüedad.<sup>36</sup> En este aspecto, pese a la brevedad con que trata el tema, es un precursor innegable.

La enseñanza de la historia en la escuela secundaria fue un tema reiterado, por lo menos de 1930 a 1934. Núñez y Domínguez, en una ponencia presentada en el Congreso de Historia celebrado en Oaxaca en 1933, elogia a Gilberto Loyo y a Alfonso Teja Zabre por sus propuestas metodológicas en esta cuestión.<sup>37</sup> Con anterioridad, en su artículo publicado en *Estudios Históricos*, había hecho una reflexión importante acerca de la relación de la nueva metodología de la investigación histórica con la enseñanza de la materia. Se muestra muy actualizado en el asunto por el manejo que hace de los autores de diferentes nacionalidades que se habían ocupado de ello. Un año más tarde, en 1934, Luis Chávez Orozco, en el "prólogo para el profesor" de su *Historia de México*, agrega una breve "metodología" consistente en puntualizar los objetivos, los medios y las actividades de los alumnos. En tan sólo

<sup>36</sup> Sobre estos dos autores, cf. mi artículo "La Revolución y la enseñanza de la historia: dos actitudes", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, vol. v, 1976, pp. 119-131.

<sup>37</sup> Cit. en Alfonso Teja Zabre, *Historia de México. Introducción y Sinopsis. La biografía de México*, 2ª ed., Universidad Nacional de México, México, 1933, 105 pp., pp. 3-4. Alaba sobre todo a Teja Zabre, quien comenzó como "recluta" y llegó al "mariscalato". Indica Núñez que Teja fue uno de los alumnos del Museo Nacional, donde recibió clases de Genaro García en 1914. *Vid. supra*.

tres páginas propone lo que muchos años después se esgrime como pedagogía de vanguardia.<sup>38</sup>

Por su parte, Teja Zabre, además de su contribución a la enseñanza de la historia, destaca como uno de los teóricos más completos de su tiempo. Su actitud ilustra la vertiente heterodoxa de adopción del marxismo. Durante más de 15 años meditó sobre las teorías conducentes a lograr la mejor explicación posible de la historia mexicana. Si bien la teoría marxista parece haber sido la que predominó en sus trabajos de esa época, se trata, en el mejor de los casos, de un marxismo heterodoxo, o de un eclecticismo inclinado al marxismo.<sup>39</sup> En su libro *Historia de México...* da cabida a Bergson, Spengler, Einstein, Marx-Lenin y Freud. Además de las teorías de los autores nombrados, se advierte con claridad su asimilación de ideas de la biología moderna y otras, de tiempos más lejanos, todo lo cual le permite enfrentarse y superar la herencia positivista.

El positivismo había forjado un dilema para el conocimiento histórico: era éste una simple colección de datos sin sentido y narraciones estimables según su valor artístico solamente, o era una rama de la ciencia, y en tal caso debería estar sujeta a leyes universales. Se intentó en vano formular la ley histórica inmutable y total. El positivismo

<sup>38</sup> Luis Chávez Orozco, *Historia de México*, 2 vols. Patria, México, 1934, I, pp. 11-14. Reproduzco el primero de los objetivos: "Hacer inteligible al alumno el medio social en que vive, es decir, mostrarle la sociedad mexicana tal cual es y como ha sido, haciéndole visible la sucesión de plazos históricos hasta ponerlo en el umbral de la vida moderna". En suma, no pierde de vista, como tampoco Loyo, Ramos Pedrueza y Teja, la importancia de la relación entre el pasado y el presente, y su validez para motivar al alumno al aprendizaje de la historia. Es sorprendente la vigencia pedagógica de Chávez Orozco.

<sup>39</sup> La obra citada de Teja Zabre es la que inicia esa interesante búsqueda de elementos teóricos y que avanza hacia su *Teoría de la revolución*, Botas, México, 1936, 179 pp., y posteriormente su *Dinámica de la historia y frontera interamericana*, Botas, México, 1947, sin contar algunos prólogos a obras producidas en ese lapso. De Teja Zabre se han ocupado Andrea Sánchez Quintanar, "El pensamiento histórico de Alfonso Teja Zabre", *Anuario de Historia*, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, años VI y VII, 1966-1967, pp. 65-90, y Gloria Villegas, *Asedio a Teja Zabre*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, s. f., 54 pp. (Cuadernos de Becarios, Facultad de Filosofía y Letras, 4). La propia A. Sánchez Quintanar ha vuelto recientemente sobre Teja Zabre y Ramos Pedrueza en *Tres socialistas frente a la Revolución Mexicana*. José Mancisidor, *Rafael Ramos Pedrueza, Alfonso Teja Zabre*, estudio introductorio y selección de textos, Andrea Sánchez Quintanar, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994, 480 pp.

oscilaba en movimientos desesperados para reducir la vida entera a fórmulas y clasificaciones estrictas o dejar a la historia entre la novela y la fábula, y a la filosofía de la historia junto a la metafísica.<sup>40</sup>

En todo caso, lo más valioso de Teja Zabre fue no ser excluyente. Todo lo que pudiera contribuir al esclarecimiento del acontecer podía entrar en su teoría. Su búsqueda continuó más adelante.

#### EL POSITIVISMO DESAGREGADO

Podría intentarse un ejercicio croceano que permitiera establecer lo vivo y lo muerto de la filosofía y la teoría de la historia positivistas, ya en México, ya en el mundo. Por lo pronto, no es posible eludir una mínima aproximación. No me atrevo a postular una muerte definitiva del positivismo mexicano, pero sí una disolución tal que, para mediados de los años treinta, ya no sería reconocido por sus cultivadores originarios. Desde luego, Agustín Aragón, hasta su muerte, nunca dejó de creer en la vigencia plena de Comte. Asimismo, Jorge Vera Estañol, quien lo mostró en la evolución de la estructura profunda de su obra sobre la Revolución mexicana, publicada en el muy tardío 1957. Mientras don Andrés Molina Enríquez ensayaba, hacia 1935, una nueva clasificación de las ciencias fundamentales, de manera semejante a como lo habían hecho Comte y Spencer en el siglo XIX, sin siquiera tomar en cuenta a Xénopol.

Hay ideas, como la del progreso, de arraigo profundo en la historiografía ya desprendida de los modelos positivistas. Si acaso, algunos historiadores trataron de elaborar explicaciones científicas, muy próximas a las quiméricas leyes del acontecer universal. Pero el clima, la raza y el suelo ya no ofrecían el valor explicativo que se les había otorgado. En lo que el positivismo siguió haciéndose presente fue en aquello que no había sido originalmente suyo: los procedimientos de investigación que proponen el apego a las fuentes. Como quedó dicho, ése fue el desarrollo de la historiografía diplomática, generada desde principios del siglo XIX en Alemania, y que benefició a esta corriente por la tendencia a utilizar datos positivos, pero que para el posi-

<sup>40</sup> Teja Zabre, *Historia de México...*, p. 14.

tivismo sólo era un aspecto instrumental, que le permitiría llegar a la explicación científica de la historia. En ese sentido sus días sí concluyeron. La estafeta fue retomada por el marxismo, que la detentó por muchos años, sin preocuparse mucho por el aspecto técnico-instrumental. Esto último fue lo que siguieron cultivando los mal llamados neopositivistas, reacios por completo a toda acción especulativa. Por su parte, el historicismo que observamos en Antonio Caso se ofrece como la doctrina más radicalmente antipositivista. Su desarrollo y enriquecimiento despegarán en el decenio siguiente, pues las bases, que habían sido puestas en Europa, todavía no llegaban a universalizarse. El proceso de disolución del positivismo se había consumado. Lo que quedaba de él no era lo suyo sino lo adoptado para consolidar las bases que podían permitirle elevarse al terreno de lo especulativo, a querer lograr su propia quimera de igualarse con las ciencias de la naturaleza.

## APÉNDICE

*Alfonso Toro Castro.* Nació en Zacatecas, Zacatecas, el 29 de julio de 1873, y murió en la ciudad de México el 8 de junio de 1952. Estudió en el Instituto de Ciencias de su ciudad natal la carrera de abogado, profesión en la que se desempeñó como agente del Ministerio Público, tanto en Zacatecas como en el Distrito Federal, y como magistrado del Tribunal Superior de Justicia del Distrito y Territorios Federales. Representó a un distrito de su estado en la XXVIII Legislatura del Congreso de la Unión. Como historiador, fue autodidacto. En su bibliografía, es probable que su trabajo más temprano sea el que se reproduce aquí más adelante, *Importancia del estudio de la historia y Métodos de investigación histórica*, que fueron dos conferencias que impartió en Zacatecas en 1911. También es autor de un folleto sobre *El doctor Agustín Rivera y San Román*. En 1918 escribió la introducción al *Ensayo histórico* de don Lorenzo de Zavala, personaje a quien años más tarde consagraría otro estudio: *Dos constituyentes de 1824: Lorenzo de Zavala y Miguel Ramos Arizpe*. Colaboró en la monumental obra dirigida por Manuel Gamio, *La población del Valle de Teotihuacán*, uno de los hitos de la antropología mexicana y del trabajo interdisciplinario. La fama de Toro como historiador se debe a dos trabajos: *La Iglesia y el Estado en México* (1926), libro en el que se expresa el punto de vista del Estado en vísperas del inicio del conflicto religioso, que duraría hasta 1929; y su *Compendio de historia de México*, en tres

volúmenes, el primero de los cuales data de 1925. La presencia de ese libro como auxiliar en la segunda enseñanza ha sido impresionante. Coloca a Toro Castro como uno de los autores más leídos del país por un público cautivo. De alta erudición son la *Historia de la Suprema Corte de Justicia* (1934) y *Los judíos en la Nueva España. Selección de documentos correspondientes al ramo de Inquisición* (1932). Su obra lo caracteriza como autor liberal, anticlerical y exponente de la idea oficial de la Historia de México.

Sobre Alfonso Toro no hay propiamente ningún estudio historiográfico monográfico. El único ensayo comprensivo es la breve nota necrológica que escribió Ernesto de la Torre Villar en la *Revista de Historia de América*, núm. 35, junio de 1952, pp. 177-179, así como las referencias obligadas en los diccionarios y enciclopedias mexicanos.

*Jesús Galindo y Villa.* El 27 de octubre de 1867 tuvo lugar el nacimiento de Jesús Galindo y Villa, en el número 6 de la entonces llamada calle de las Ratas, después Bolívar, número 77, de la ciudad de México, a la que años después éste consagraría una breve historia. Un biógrafo anónimo destaca su vocación magisterial, que ejerció desde los 18 años hasta su muerte, acaecida el 13 de agosto de 1937. Se comprueba lo anterior con una mirada a su *curriculum vitae*. Además de haber enseñado historia y geografía en muchísimos planteles de diversos niveles de enseñanza a lo largo de su vida, destaca su labor en el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, institución que dirigió. En la Facultad de Altos Estudios de la Universidad Nacional impartió las materias de Metodología, Crítica y Construcción Histórica, lo cual le confiere la autoridad que se percibe en la lectura del texto aquí seleccionado, que se publicó en la revista *Gladios* en 1916. Perteneció a las principales academias y sociedades científicas del país y fue autor de una profusa obra dispersa en periódicos y revistas, tanto de carácter científico como de divulgación. Parte de esa producción fue recogida por él en *Polvo de historia* (1923). Al igual que en el caso de Toro, no hay estudios formales acerca de su vida y su obra. Sin embargo, al ocurrir su muerte, cuando presidía la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, esta institución le dedicó íntegros los números 11 y 12 del tomo 45, 1937, de su *Boletín*, en que puede leerse una semblanza biográfica, datos curriculares y su extensa bibliografía, así como discursos necrológicos. Hay algunas fotografías que rescatan su imagen en diversas edades.

*Emeterio Valverde Téllez.* Ampliamente conocido por haber edificado el monumento a Cristo Rey en el Cerro del Cubilete, cuando encabezaba la diócesis de León, no lo es tanto por sus valiosas aportaciones a las biblio-

grafías filosófica y eclesiástica mexicanas y a la filosofía misma. Nació en la Villa del Carbón, Estado de México, el 1º de marzo de 1864. Después de una larga y sólida formación eclesiástica, es ordenado sacerdote el 5 de marzo de 1887. Diez años más tarde, tras haber sido párroco en diversos lugares, es nombrado canónigo prebendado en el Cabildo Metropolitano. Con el paso del tiempo logró reunir una biblioteca notable que, hoy en día, forma parte del acervo de la biblioteca Alfonso Reyes de la Universidad de Nuevo León. De sólida formación escolástica, fue un crítico mordaz y adverso a toda filosofía opuesta a la fe. Así, con enjundia y solidez bibliográfica y documental refuta al positivismo, al liberalismo, al espiritismo y a todas las tendencias de corte materialista. Ello lo lleva a reunir la monumental *Bibliografía filosófica mexicana*, libro que constituye acaso su principal herencia al conocimiento mexicano. Buen lector de historia y de filosofía de la historia, dio muestras de sus ideas en torno a ambas disciplinas. El 7 de agosto de 1909 fue elegido obispo de León. Ocupó la sede hasta su muerte, ocurrida en 1948. Estuvo fuera del país entre los años de 1914 y 1916 y posteriormente durante la guerra cristera.

Al humanista Herón Pérez Martínez se debe una excelente semblanza biobibliográfica que forma el estudio introductorio de la edición facsimilar de la mencionada *Bibliografía filosófica mexicana* (2 vols.), hecha por El Colegio de Michoacán en 1989. Gracias a dicho estudio y a la bibliografía elaborada por don Juan B. Iguíniz fue posible localizar los discursos que se presentan en esta selección de obras.

*Antonio Caso y Andrade.* Nacido en la ciudad de México el 19 de diciembre de 1883 y fallecido en la misma capital el 6 de marzo de 1946. Puede resultar vano resumir en pocas líneas una vida tan rica como la de Caso, que estudió derecho como toda persona inclinada a las humanidades en su tiempo, sin llegar a ejercer la abogacía, sino que pudo dedicar su vida al trabajo académico e intelectual. Desde 1906 se identificó con quienes tres años más tarde formarían el Ateneo de la Juventud, del que fue el primer presidente. En 1909 destacó por sus conferencias de corte antipositivista, dadas en el salón "El Generalito" de la Escuela Nacional Preparatoria. Con Pedro Henríquez Ureña comparte el ser modelo de la figura del académico en México. Fue secretario de la Universidad Nacional de México al ser fundada en 1910. La defendió de los ataques de la ortodoxia comteana de Agustín Aragón y Horacio Barreda, en fuerte polémica con el primero. Mientras muchos de sus contemporáneos se dispersaron durante los años violentos de la Revolución, Caso permaneció en la capital enseñando y escribiendo. Se convirtió en el maestro fundamental de la generación de 1915, o de los Siete Sabios. Al insta-

larse José Vasconcelos en la Rectoría de la Universidad, tuvo en Caso a un cercano y valioso colaborador. En 1921, cuando Vasconcelos pasa a ser titular de la Secretaría de Educación Pública, Caso lo sustituye en la Rectoría hasta que, en 1923, tras los incidentes surgidos por la huelga de la Escuela Nacional Preparatoria, renuncia y la amistad entre ambos se rompe. La ética, la filosofía de la historia, la historia de la filosofía, la sociología, entre otras disciplinas y campos de estudio fueron lo que hoy se identificaría como sus “líneas de investigación”. En realidad, fundió el magisterio con la pluma y escribió sobre mucho de lo que enseñaba en sus clases. Polemista de fuste, en 1933 defendió, ante su antiguo discípulo Vicente Lombardo Toledano, la universidad libre, plural y abierta, contra la concepción marxista. Caso abrió caminos en la filosofía mexicana, introdujo autores antes desconocidos y formó legiones de discípulos. Merecidamente fue fundador de El Colegio Nacional.

De su actividad en relación con la filosofía de la historia, que es lo que interesa en este libro, es menester hacer referencia a algunos estudios fundamentales: Rosa Krauze de Kolteniuk, *La filosofía de Antonio Caso*, México, UNAM/Facultad de Filosofía y Letras, 1985, 286 pp., especialmente pp. 114-127; Enrique Florescano, “Antonio Caso y la historia”, *Historia Mexicana*, vol. XII, núm. 3 (47), enero-marzo de 1963, pp. 358-378 y, más reciente, José Hernández Prado, “El replanteamiento de la sociología profunda de Antonio Caso”, en *Sociológica*, UAM/Azcapotzalco, año 9, núm. 34, enero-abril de 1994, pp. 33-50. También son importantes las obras de Moisés González Navarro, *Sociología e historia en México*, El Colegio de México, México, 1970, 86 pp., pp. 67-final, y el estudio introductorio de Margarita Vera Cuspinera al vol. x de las *Obras completas* de Antonio Caso.

*Manuel Brioso y Candiani*. Nació en Oaxaca el 30 de septiembre de 1859 y murió en México en 1945. Abogado de profesión, su variada producción le da el título de polígrafo. Escribió historia, filosofía, literatura, geografía, y la mayor parte de sus obras son de carácter didáctico. Vasconcelos —que era su sobrino— lo retrata de manera cruel en *Ulises criollo*, como un mero repetidor de textos ajenos. Sin embargo, su originalidad radicó en adaptar ideas de otros lares a la realidad mexicana —y oaxaqueña—, a la que se acercó con un legítimo interés por desentrañar sus problemas y explicar sus realidades. La teoría de la historia lo debe reconocer como el más acucioso lector mexicano —tal vez hispanoamericano— de Xénopolo, cuando las ideas del romano estaban en boga.

Hasta el momento sólo se ha ocupado de Brioso, como historiador y teórico de la historia, María Teresa Vidal Hernández, en su tesis de maestría, *El método histórico de Manuel Brioso y Candiani y su aplicación a la historiografía mexicana*, UNAM-Facultad de Filosofía y Letras, México, 1970.

*José de Jesús Núñez y Domínguez.* Oriundo de Papantla, Veracruz, vio la primera luz el 20 de abril de 1887. Fue a morir a Santiago de Chile en 1959. Inició estudios de leyes que jamás concluyó. Periodista, escritor e historiador. Autor de obra amplia y variada en la que sobresalen su erudición y buen estilo. Dirigió la *Revista de Revistas* durante 20 años. Secretario y director del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología. Académico de la Lengua y diplomático. No escribió un trabajo fundamental, pero sí muchos libros, artículos y folletos. En sus textos se advierten el rigor y la seriedad con que emprendía sus estudios, muy compenetrado de los problemas de la enseñanza de la historia y la metodología de la investigación.

Pocos han estudiado sus aportaciones como historiador. Su trabajo en archivos europeos llamó la atención de Alfonso García Ruiz, autor de "La misión del historiador José de J. Núñez y Domínguez en archivos de Europa (1937-1939)", sobretiro del tomo III de los *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, 1947, pp. 321-325; y de Manuel Carrera Stampa, *Misiones mexicanas en archivos europeos*, Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1950, pp. 81-89.

*Alberto Beteta.* Autor poco conocido, activo en los años veinte y treinta. Presumiblemente perteneció a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, aunque los números del *Boletín* dedicados a presentar semblanzas de los socios no lo incluyen, pese a haber colaborado en las páginas de dicho órgano oficial en repetidas ocasiones. Es autor de un libro titulado *El artículo 27 constitucional y el Sistema Sala*, Antigua Imprenta de Murguía, México, 1923, 127 pp. Un trabajo breve pero notable es *Cinco observaciones a propósito de la "Primera Reunión Nacional de Estadística"*, Imprenta "Labor" Melchor Ocampo, Mixcoac, 1927, 12 pp., además de otros títulos. Huelga decir que no se han ocupado de él ni siquiera los diccionarios enciclopédicos mexicanos.

*Gilberto Loyo.* Nació en Orizaba, Veracruz, en el año de 1901, y murió en la ciudad de México en 1973. Estudió derecho en la Universidad Nacional de México, y estadística en Roma, donde se graduó en 1932. Fue uno de los primeros demógrafos mexicanos. Fue director de la Escuela Nacional de Economía de la UNAM, director general de Estadística, secretario de Economía en el gobierno de Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958) y presidente de la Comisión Nacional de los Salarios Mínimos, miembro de la Junta de Gobierno de la UNAM, además de otros cargos. El interés, los conocimientos y la experiencia demostrada evidencian que trabajó como profesor de historia en escuelas secundarias, acaso cuando estudiaba su carrera. Desde sus textos de 1930, recogidos en este libro, se

advierten interesantes planteamientos interdisciplinarios. Autor de muchos textos sobre demografía y economía.

Sobre su relación con la historia no se ha producido ningún estudio, aunque su figura pública ha llamado la atención y se le consagra amplia información en las obras de referencia más destacadas. Hay una edición de sus *Obras*, Dirección General de Estadística, México, 1974.

*Rafael Ramos Pedrueza*. Capitalino, todas las referencias indican que nació en el año de 1897; sin embargo, en el único estudio monográfico que hay sobre él, la tesis de licenciatura de Carmen Castañeda Argüelles, *Rafael Ramos Pedrueza, un hombre y un método en la historia de México*, México, Universidad Iberoamericana, 1974, en la cronobiografía que inserta en las páginas 19 a 22, señala el año de 1879, es decir, las mismas cifras pero invertidas las dos últimas. Ahora bien, en 1914 obtuvo el nombramiento de “profesor complementario número uno del curso de Historia Patria en sustitución del profesor Rafael Martínez”; de haber nacido en 1897, tendría sólo 17 años; si nació, en cambio, en 1879, su edad sería de 35 años. Ciertamente durante la Revolución hubo mucha precocidad intelectual, y Ramos pudo haber sido regla y no excepción. El interrogante es, en el segundo caso, ¿qué había hecho antes? Todo parece indicar que 1879 es errata. Las fuentes lo caracterizan como profesor autodidacto. El caso es que siguió adelante en su labor docente en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Escuela Superior de Comercio y Administración. Miembro del Partido Liberal Constitucionalista, es diputado en la XXIX Legislatura. En 1922 viaja a la Unión Soviética, donde imparte conferencias en favor del gobierno del general Obregón. A su regreso es profesor de la Escuela de Verano de la Universidad Nacional y comienza a publicar trabajos breves en los que busca precursores del socialismo en la historia mexicana, y expone su experiencia en la entonces naciente URSS. Después se integra a la Facultad de Filosofía y Letras. De acuerdo con el estudio de Carmen Castañeda Argüelles, el folleto que aquí se reproduce fue un trabajo presentado para obtener el título de bachiller ante un jurado integrado por Enrique O. Aragón, Mario Souza, Vicente Lombardo Toledano, Ángel Carvajal y Antonio Díaz Soto y Gama. Antes había obtenido el de profesor normalista con un trabajo denominado *¿Qué principio debe presidir a la formación de un buen texto de historia de la Escuela Secundaria?* (1930). Su obra más conocida es *La lucha de clases a través de la historia de México*, cuya primera edición data de 1934 y que alcanzó dos más, siendo la última, corregida y aumentada, en 1941. Murió dos años más tarde, el 15 de enero de 1943.

Además de Castañeda Argüelles en la tesis citada, se ha ocupado de



él Andrea Sánchez Quintanar en su reciente antología *Tres socialistas frente a la Revolución mexicana*. José Mancisidor, Rafael Ramos Pedrueza, Alfonso Teja Zabre, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994, 480 pp.

*Alfonso Teja Zabre*. Su nacimiento ocurrió en San Luis de la Paz, Guanajuato, el 23 de diciembre de 1888. Estudió en Pachuca y en la ciudad de México —Escuela Nacional Preparatoria— y continuó en la de Jurisprudencia. A diferencia de otros colegas dedicados a la historia, él sí ejerció la abogacía; fue agente del Ministerio Público y magistrado del Tribunal Superior de Justicia del Distrito y Territorios Federales, además de miembro del Ateneo de México (es decir, del Ateneo de la Juventud cuando bajo la presidencia de Vasconcelos cambió de nombre en virtud de que sus integrantes abandonaban la condición de jóvenes). Por testimonio de Núñez y Domínguez se sabe que tomó las clases de historia del Museo Nacional, con don Genaro García. Desempeñó por tiempo corto una cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras y, al final de su vida, fue investigador del Instituto de Historia (después de Investigaciones Históricas). Fue embajador en la República Dominicana, Honduras y Cuba. Escribió poesía y novela, pero sin duda su mejor expresión la encontró en la historia. Autor de un temprano y bien logrado estudio biográfico, *Vida de Morelos* (1917), destacó por haber escrito y reescrito la historia de México en diversos volúmenes de distintos tamaños, desde una obra en varios tomos, *La biografía de México*, hasta una brevísima *Guía de la historia de México*, pasando por su muy conocida *Historia de México. Una moderna interpretación* (1935), traducida al inglés y al francés por la Secretaría de Relaciones Exteriores para divulgación a través de las embajadas, y que se convertiría en libro de texto de segunda enseñanza. En muchas de sus obras hay una rica reflexión teórica, ya inclinada al marxismo heterodoxo, ya apartada de él, como en *Dinámica de la historia y frontera interamericana* (1946), donde sigue de cerca al estadounidense Henry Adams, cuya autobiografía tradujo. Murió en México el 28 de febrero de 1962.

Andrea Sánchez Quintanar y Gloria Villegas consagraron sus tesis de licenciatura a dilucidar aspectos de su pensamiento histórico con muy buenos resultados. Sus trabajos son citados en el estudio introductorio.

REFERENCIAS BIBLIO-HEMEROGRÁFICAS  
DE LAS EDICIONES ORIGINALES

- Alfonso Toro, *Importancia del estudio de la historia y Métodos de investigación histórica*, Tipografía de Enrique García, Zacatecas, 1913, 33 pp.
- Jesús Galindo y Villa, "Las nuevas directrices de los estudios históricos (fragmentos de introducción a unos 'apuntes de metodología y crítica históricas')", *Gladios*, año I, núm. 1, enero de 1916, pp. 84-93, y núm. 2, febrero de 1916, pp. 161-170. [Edición facsimilar, FCE, México, 1979.]
- Discursos, alocuciones y algunos escritos del Ilmo. Sr. doctor don Emeterio Valverde Téllez, obispo de León*, 2 vols., Tip. J. Rodríguez, León, 1925, vol. II, pp. 80-84, 212-224 y 293-306.
- Antonio Caso, *El concepto de la historia universal*, prólogo de Ezequiel A. Chávez, México Moderno, México, 1923, 136 pp. (Biblioteca de Autores Mexicanos Modernos).
- Manuel Brioso y Candiani, *Las nuevas orientaciones para la constitución de la Historia. Exposición compendiada de la Teoría de la Historia de A. D. Xénopol y comentarios por el lic...*, Talleres de Imprenta y Encuadernación del Gobierno del Estado, Oaxaca de Juárez, 1927, 109 pp. [En la portada, antes del pie de imprenta, aparece el dato "México, 1926". En la primera de forros, en cambio, se da el dato "México, D. F., 1929", y abajo, después de Oaxaca de Juárez, se repite el año de 1929 en romanos.]
- José de Jesús Núñez y Domínguez, "Los métodos modernos en la enseñanza de la historia", *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, pp. 229-235.
- Alberto Beteta, "La teoría de la historia y la estadística, según Xénopol", *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, t. 42, vol. 1, abril de 1930, pp. 361-371.
- Gilberto Loyo, *Sobre la enseñanza de la historia*, Talleres Gráficos de la Secretaría de Agricultura y Fomento, México, 1930, 61 pp.
- Rafael Ramos Pedrueza, *Sugerencias revolucionarias para la enseñanza de la Historia*, Universidad Nacional de México Autónoma [sic], México, 1932, 36 pp.
- Alfonso Teja Zabre, *Historia de México. Introducción y sinopsis. La biografía de México*, 2ª ed., Universidad Nacional de México, México, 1933, 105 pp.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS